



El nuevo jefe de la Iglesia de Santiago respalda y confía en los resultados de la Comisión de Verdad y Reconciliación

# Oviedo: "Siempre he sido un obispo de la democracia"

Son las cinco de la tarde. La hora del té y un table de champagne rompe el silencio de la Casa de Retiro El Tránsito de La Serena. A poco levan los obispos copistas a incendiar los jarrones que tratan —como único movimiento hasta ese momento— el girar de un vaso molino de viento. Entre las resonancias negras de la mayoría, aparecen las notitas (albo de algunos franciscanos, que con/vidadas con la colonial arquitectura, rememoran décadas pasadas.

En medio de los participantes a la 2ª Asamblea Plena, está el nuevo arzobispo de Santiago, Carlos Oviedo Cavada. No es difícil reconocerlo. Aparte de su altura, es el único que porta en la espalda un pañuelo de lana australiano.

"Es que no me acostumbré al frío de acá. Envier tanto tiempo en Antofagasta, que hasta ese clima me da frío. No crea que soy arrogante. Esas son las previsiones", se justifica.

Se veía solito no se comparece con su amabilidad y calma.

"La alegría, creo que la heredé de mi madre. Mi padre, en cambio, era más serio, quizá por su ascendencia irlandesa".

—¿Recuerda haber hecho alguna traversera cuando niño?

—No, porque cuando tenía 12 años tuve meningitis al corazón, por el virus del herpes de agua fría que vive del mar. Fue mala suerte, porque mis hermanos y mis amigos se estaban igual que yo y cuando les pasó nada. Eso me privó de hacer cualquier esfuerzo. Por eso, me dedicé más a la lectura. Fue un gran lector. Sin embargo, eso está normal en la juventud en ese tiempo. Incluso, en Quilisa Humanidades leí más de cien libros de literatura española e hispanoamericana.

—¿Cuál fue el tema que más le gustó?

—¡Ah! La quinta, por tres razones que uno tiene al profesor. No le enseñaron nada. Recuerda que la primera vez que hizo un examen a todos los puso un 1. Como yo estaba en la "C" tuve tiempo para apreciar todo de memoria. En verdad, la quinta sólo me ha servido para firmar los papeles.

—¿Cuál alguna vez?

—No —dijo riendo— y así está suena mal en un examen.

—Antes parecía una berracha, ¿se acuerda alguna vez?

—¡Eh! No hablo de esas cosas.

—¿Siempre pensó en seguir el sacerdocio?

—No, desde niño quise ser médico y cuando estaba llegando al final me gustó el Derecho, pero no me interesó a decirlo, porque toda mi vida había dicho que iba a ser médico. Después, el Señor cambió mi vida.

—¿Con un hecho especial?

—Yo pertenecí a una familia muy católica. Mis padres fueron muy observantes. Desde que tengo uso de razón fui a misa los domingos. Además, todos los niños amábamos, en ese tiempo, un llamado al sacerdocio. Yo también lo escuché y fui a hablar con un padre del Colegio. Tenía 11 años. Él me dijo: "¿cómo me gustan las humanidades y después venga a hablar conmigo?". Eso, después de mi abuelo. No fui más, pero cuando estaba en Sexto Humanidades, que equivale ahora al Cuarto Medio, al

**El nuevo arzobispo de Santiago, quien se autoimpuso la dura tarea de la reconciliación, está dispuesto a hablar con Sergio Arellano Stark, participante en la Caravana de la Muerte, porque "cuando uno ve a alguien acosado, que sufre, que es señalado como él, hay que ayudarlo".**

en un momento, el Señor me llamó concretamente.

—¿Cómo lo hizo?

—Eso, lamentablemente, no se lo puedo decir. Es para mí...

T contrariamente a lo que se esperaba, no ingresó a la Compañía de Jesús a la que pertenecía su tatarabuelo, el Padre Hurtado, sino a la Orden Mercedaria cuyo carisma es la redención de

los banqueros y los decía que no. Lo que yo quería era protestar, con hechos, para que se ayudara a la gente. En ese tiempo uno podía ayudar más hablando con el insondable, que haciendo una declaración fuerte— dice.

—En diciembre de 1973 usted afirmó que la Iglesia no está vinculada a ningún régimen.

—Estuvo una parte de ella vinculada al régimen del general Pinochet?

—No, incluso, durante el gobierno del general Pinochet, el Episcopado pasó por una instancia de oposición. A mí me acudió no me ha gustado, porque debemos ser libres y uno no debe tener complejos en reconocer las cosas buenas. Por ejemplo, cuando se promulgó la ley que prohibió el aborto en Chile, para nosotros, los católicos, fue un hecho de gran alegría y alabanza, pero no hubo una gran recepción pública de todo el Episcopado. Entonces, creo que hemos dejado la imagen de que fuimos una institución de oposición y eso no es lo que debe ser el Episcopado. Eso tiene que ser libre y, por eso, dije en mi homilía que mi sacerdocio no me identifico con un simple grupo católico, social ni político.

—Lo dice, va a mantener una posición crítica frente al gobierno de Aylwin.

—Sin duda. Eso lo hemos conversado los obispos también, pero tampoco nosotras tenemos una voz política, somos una voz evangelizadora.

—Después del golpe de Estado, el Episcopado emitió una declaración en favor de las Fuerzas Armadas. Usted no estaba en Chile, sin embargo le apoyó. ¿Por qué?

—No, no fue en favor de las Fuerzas Armadas. Se reconoció una situación crítica. Yo no la tengo presente en ese momento, pero también se lamentaba la muerte que había tenido el Presidente de la República, Salvador Allende, y se podía respetar a su memoria.

—Pero expresado su colaboración con el gobierno de las FFAA.

—Sí, me parece que decía así, porque lo que se había dicho era que se iba a restaurar la democracia. También se le podía al gobierno militar que mantuviera las garantías de los trabajadores, o sea, era una declaración que no puede juzgarse como en favor de las FFAA, porque hacía algunas advertencias. Yo tengo también un gran espíritu de cuerpo con el Episcopado y cuando el Episcopado públicamente ha definido una cosa yo tampoco pudiera tener reservas.

—¿Y expresó algunas reservas en privado a sus declaraciones?

—No, porque fue muy equilibrada. Se hacía advertencias y se reconocía, al mismo tiempo, que el país había llegado a un caso político.

—¿Cuál fue su opinión sobre el gobierno militar cuando usted, en 1974, como administrador apostólico de Calama, denunció directamente los casos de detenidos-desaparecidos?

—Yo me doy una opinión sobre el gobierno, porque es una realidad, que incluye también políticos agrícolas, educacionales, etc. Yo me preocupé de que se pudiera rescatar los cuerpos de los que habían sido fundidos, porque sentía que eso no era un castigo para quienes habían sufrido la pena máxima, sino que afectaba directamente a las familias. Un comandante de ese tiempo me contó que habían hecho cadáveres en el desierto y que no encontraron nada.

Y usted le contestó que quienes habían estado presentes en los fusilamientos, también debían estar presentes en la búsqueda de los cadáveres.

—Sí, le dije varias veces, pero creo sinceramente que no los vas a encontrar.

—Coincido con Andrés Ballester en que la política desaparecida es un asesinato y que estas personas están oscuras.

—Eso lo dijo el Comité Permanente el año 74 y creo muchos problemas. Yo era miembro del Comité Permanente en ese tiempo y el señor cardinal Raúl Silva Henríquez le presionó. Se dijo esa vez que los desaparecidos estaban muertos. Eso provocó una reacción muy negativa de parte de las FFAA, y un grupo grande de familias.

Yo de detenidos-desaparecidos. Yo había con un año peleado militar y le dije: "mire si están vivos, podrían dar el poder publicitario más grande si pudieran mostrar a cinco, a diez o a 50 de la lista de los 500 que hemos presentado los obispos". Por cinco que para los familiares eso era otro, porque toda persona guarda esperanza. Incluso, yo conocí una familia que nunca más contó con haber la puerta de su casa. La dejaban concurriente esperando que llegara su hijo.

—¿Cómo le afectó como católico y como persona el hecho de saber de estas ejecuciones?

—Uno vive con la gente que sufre y comprende el dolor de una madre que vio sacar a su hijo de la casa. Entonces, trata de ayudar y dar resignación, porque se está frente a un caso irracional.

—En esa época usted se entrevistó con mucha gente, incluso con personas que presentaban algunas ejecuciones. ¿Está dispuesto a dar a conocer esas historias a la instancia que corresponde?

—No, no puedo. No puedo porque mi gente había cometido, no un secreto de confesión, pero confesó en su cómo sacerdote. Tengo que ser fiel a ello.

—¿Usted cree en el infierno?

—Por supuesto.

—Sergio Arellano Stark, a su juicio, está sufriendo el infierno en la tierra por su participación en la Caravana de la Muerte?

—Con Arellano Stark no me conocí de jóvenes. Errores amigos de familia. Hace muchos años que no lo veo. Vine a verlo cuando era general, en septiembre de 1971. Yo era secretario de la Conferencia Episcopal. En ese tiempo abundaban ciertos errores. Entonces, quizá que no llamaran la Conferencia o que si lo hacían, me evitaban para estar presente.

—¿Cuál fue su opinión sobre



Desde niño quise ser médico y cuando estaba llegando al final me gustó el Derecho, pero no me interesó a decirlo. Después...

los castigos, nacida para reducir a los cristianos por eso se lo.

—Cuando le dije que quería ser sacerdote, él jamás me invitó la Compañía de Jesús. Me preguntó dónde iba a ir y me dijo: El padre Hurtado, incluso, fue acusado de llevar todas las vocaciones a la Compañía de Jesús. Yo, entonces, para los jesuitas, soy como una tabla de salvación—, dice en medio de sucesivas carcajadas.

—¿Qué le parece ser el arzobispo de la democracia?

—Bueno, creo que he sido siempre un obispo de la democracia. Hasta ahora habíamos vivido en un régimen especial, con hechos buenos y malos, que lo inhabilitan a uno para hacer una opinión total de él, porque se podía hacer cosas que no se pueden hacer en otros dictaduras. Por ejemplo, yo tuve compañeros políticos y chovinistas que enfrentaron situaciones bastante difíciles. Incluso, al

he estado condicionado. En el gobierno pasado fui humillado. Nunca me reconocieron ser el gran canciller de la Universidad del Norte y sólo la dejaron recuperar su normalidad jurídica, al final, en los últimos días. Por eso, he tratado de ser libre para exponer las cosas, destacando lo bueno y criticando lo malo.

Eso le dije en 1974 y así lo recuerdo.

—Recuerda, sin embargo, que una vez fue objeto de un "gran agraviar" por parte de una autoridad.

—Le dije: mire por un mes no voy a asistir a ninguna acto oficial. Cuando él me preguntó que me tenía la culpa, le respondí que entonces yo estaba reclamando un cuerpo del que tenía la culpa, que no iba a dar explicaciones y que no me haría representaciones por nada. En ese mes, junto, hubo una serie de acontecimientos: fue la Armada, el presidente de la Comisión y yo no aparecí en nada. Me pedían si podía colocar mi nombre para

el gobierno militar cuando usted, en 1974, como administrador apostólico de Calama, denunció directamente los casos de detenidos-desaparecidos?

Yo me doy una opinión sobre el gobierno, porque es una realidad, que incluye también políticos agrícolas, educacionales, etc. Yo me preocupé de que se pudiera rescatar los cuerpos de los que habían sido fundidos, porque sentía que eso no era un castigo para quienes habían sufrido la pena máxima, sino que afectaba directamente a las familias. Un comandante de ese tiempo me contó que habían hecho cadáveres en el desierto y que no encontraron nada.

Y usted le contestó que quienes habían estado presentes en los fusilamientos, también debían estar presentes en la búsqueda de los cadáveres.

—Sí, le dije varias veces, pero creo sinceramente que no los vas a encontrar.

—Coincido con Andrés Ballester en que la política desaparecida es un asesinato y que estas personas están oscuras.

—Eso lo dijo el Comité Permanente el año 74 y creo muchos problemas. Yo era miembro del Comité Permanente en ese tiempo y el señor cardinal Raúl Silva Henríquez le presionó. Se dijo esa vez que los desaparecidos estaban muertos. Eso provocó una reacción muy negativa de parte de las FFAA, y un grupo grande de familias.

Yo de detenidos-desaparecidos. Yo había con un año peleado militar y le dije: "mire si están vivos, podrían dar el poder publicitario más grande si pudieran mostrar a cinco, a diez o a 50 de la lista de los 500 que hemos presentado los obispos". Por cinco que para los familiares eso era otro, porque toda persona guarda esperanza. Incluso, yo conocí una familia que nunca más contó con haber la puerta de su casa. La dejaban concurriente esperando que llegara su hijo.

—¿Cómo le afectó como católico y como persona el hecho de saber de estas ejecuciones?

—Uno vive con la gente que sufre y comprende el dolor de una madre que vio sacar a su hijo de la casa. Entonces, trata de ayudar y dar resignación, porque se está frente a un caso irracional.

—En esa época usted se entrevistó con mucha gente, incluso con personas que presentaban algunas ejecuciones. ¿Está dispuesto a dar a conocer esas historias a la instancia que corresponde?

—No, no puedo. No puedo porque mi gente había cometido, no un secreto de confesión, pero confesó en su cómo sacerdote. Tengo que ser fiel a ello.

—¿Usted cree en el infierno?

—Por supuesto.

—Sergio Arellano Stark, a su juicio, está sufriendo el infierno en la tierra por su participación en la Caravana de la Muerte?

—Con Arellano Stark no me conocí de jóvenes. Errores amigos de familia. Hace muchos años que no lo veo. Vine a verlo cuando era general, en septiembre de 1971. Yo era secretario de la Conferencia Episcopal. En ese tiempo abundaban ciertos errores. Entonces, quizá que no llamaran la Conferencia o que si lo hacían, me evitaban para estar presente.

—¿Cuál fue su opinión sobre

el gobierno militar cuando usted, en 1974, como administrador apostólico de Calama, denunció directamente los casos de detenidos-desaparecidos?

Yo me doy una opinión sobre el gobierno, porque es una realidad, que incluye también políticos agrícolas, educacionales, etc. Yo me preocupé de que se pudiera rescatar los cuerpos de los que habían sido fundidos, porque sentía que eso no era un castigo para quienes habían sufrido la pena máxima, sino que afectaba directamente a las familias. Un comandante de ese tiempo me contó que habían hecho cadáveres en el desierto y que no encontraron nada.

Y usted le contestó que quienes habían estado presentes en los fusilamientos, también debían estar presentes en la búsqueda de los cadáveres.

—Sí, le dije varias veces, pero creo sinceramente que no los vas a encontrar.

—Coincido con Andrés Ballester en que la política desaparecida es un asesinato y que estas personas están oscuras.

—Eso lo dijo el Comité Permanente el año 74 y creo muchos problemas. Yo era miembro del Comité Permanente en ese tiempo y el señor cardinal Raúl Silva Henríquez le presionó. Se dijo esa vez que los desaparecidos estaban muertos. Eso provocó una reacción muy negativa de parte de las FFAA, y un grupo grande de familias.

Yo de detenidos-desaparecidos. Yo había con un año peleado militar y le dije: "mire si están vivos, podrían dar el poder publicitario más grande si pudieran mostrar a cinco, a diez o a 50 de la lista de los 500 que hemos presentado los obispos". Por cinco que para los familiares eso era otro, porque toda persona guarda esperanza. Incluso, yo conocí una familia que nunca más contó con haber la puerta de su casa. La dejaban concurriente esperando que llegara su hijo.

—¿Cómo le afectó como católico y como persona el hecho de saber de estas ejecuciones?

—Uno vive con la gente que sufre y comprende el dolor de una madre que vio sacar a su hijo de la casa. Entonces, trata de ayudar y dar resignación, porque se está frente a un caso irracional.

—En esa época usted se entrevistó con mucha gente, incluso con personas que presentaban algunas ejecuciones. ¿Está dispuesto a dar a conocer esas historias a la instancia que corresponde?

—No, no puedo. No puedo porque mi gente había cometido, no un secreto de confesión, pero confesó en su cómo sacerdote. Tengo que ser fiel a ello.

—¿Usted cree en el infierno?

—Por supuesto.

—Sergio Arellano Stark, a su juicio, está sufriendo el infierno en la tierra por su participación en la Caravana de la Muerte?

—Con Arellano Stark no me conocí de jóvenes. Errores amigos de familia. Hace muchos años que no lo veo. Vine a verlo cuando era general, en septiembre de 1971. Yo era secretario de la Conferencia Episcopal. En ese tiempo abundaban ciertos errores. Entonces, quizá que no llamaran la Conferencia o que si lo hacían, me evitaban para estar presente.

—¿Cuál fue su opinión sobre

# **Jorge Millas elegido Premio Nacional de Periodismo 1985.**

## **[artículo]**

Libros y documentos

### **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1985

### **FORMATO**

Artículo

### **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Jorge Millas elegido Premio Nacional de Periodismo 1985. [artículo]. retr.

### **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

### **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile